

roso agradecimiento, santificara la memoria de ese gran pontífice. La tiara de éste es de oro, sembrada de diamantes: la corona más honrosa de los romanos era la gramínea ó hecha de grama: ésta no la alcanzaba sino el que habia consumado las mayores proezas*. Dudo que el *servum servorum* de los cristianos tuviese en más la corona gramínea que la de oro. Entre los gentiles, ésta era la última.

Justicia, amor patrio, abnegacion, buena fe, desinterés, ya los hemos visto; ahora veamos otra cosa entre las ruinas de la antigua Roma. « Ni qué iríamos á buscar en la Roma antigua? seria la libertad? » habeis dicho. Sí, en la Roma antigua iremos á buscar la libertad, que por desgracia no conocemos en la mayor parte de las naciones modernas. Hablamos de la libertad política, esa libertad que siembran y cosechan en el monte Aventino los orellanos del Tiber. No echeis en olvido que nunca me refiero sino á la Roma antigua: llegan los emperadores, cesa mi admiracion por Roma. Bien se me acuerda que los Marios y los Silas, los Pompeyos y los Césares no fueron emperadores; mas éstos no pertenecen ya á la Roma antigua. La Roma de los Curcios, la Roma de los Decios, la Roma de los Escipiones, la Roma de las Lucrecias, la Roma de las Cornelias, la Roma de las Veturias y Bolúmnias, ésa es la antigua Roma. En ella iremos á buscar la abnegacion, echándonos con los Decios en medio de los enemigos por salvar la patria; en ella iremos á buscar la honradez

* Corona quidem nulla fuit graminea nobilior. (PLINIO, *Hist. nat.*)

inapeable, negándonos con Escipion á dar cuentas á los hombres primero que gracias á los dioses; en ella á buscar la pobreza evangélica, despreciando las riquezas con Fabricio; en ella á buscar la buena fe, volviéndonos con Régulo á Cartago.

La ley Porcia era fianza de la inviolabilidad del ciudadano: la ley Valeria prohibia el castigo de ninguno que apelase al pueblo. Que en las naciones civilizadas y cultas de Europa, donde lo que llaman *garantías individuales* es realmente salvaguardia de los ciudadanos, motejasen de sierva á la Roma antigua, podria uno llevar en paciencia; pero que en nuestras pretensas repúblicas, donde las leyes están allí, y los dictadores encima; donde las garantías individuales no se hallan suspensas legalmente, y los mejores patriotas agonizan en los calabozos, cargados de cadenas que la Constitucion prohíbe; donde el derecho es uno, y la voluntad ciega del que tiene las armas en la mano, otra; donde la propiedad no existe con carácter de segura ni perpetua, pues no hay revolucionario triunfante que no la hiera con mil confiscaciones nefandas ó con penas que dicen la ruina de las familias; donde el soldado es dueño del caballo, el burro que encuentra en el camino, y el indio ó el *chagra* pagan, con la vida quizá, su imprudente reclamo; donde el sagrado del hogar doméstico sufre profanaciones brutales cada dia; donde colegios y escuelas son cuarteles de los enemigos públicos que se andan de aquí para allí con nombre de tropas; donde los patriotas eminentes caen bajo el puñal que el « jefe supremo » pone en manos del asesino; en pue-

blos y Gobiernos como éstos, digo, ¿cuál es el ignorante ó el malvado que viene á celebrarlos, procurando infundir desconfianza ó aborrecimiento por instituciones y naciones libres y grandes verdaderamente? Nunca en Roma el Gobierno ni sus oficiales usaron de fuerza contra los ciudadanos: cuando cónsules ó tribunos querian excluir de los comicios á algunos turbulentos, tenian esta fórmula comedida: *Si vobis videtur, discedite, Quirites*: Romanos, retiraos, si gustais. Esto no es salir los cholos de gorra con sus fusiles, y moler á culatazos á los electores en las mesas electorales; ni los negros de lanza por las calles aterrando y dispersando al pueblo, cuando se trata del ejercicio de sus derechos. Yo le preguntaria á un elector de cabeza rompida, si cuando le asentaron el garrotazo en la calva, oyó que decian: *Si vobis videtur, discedite, Quirites*? Lo que oyó fué otra cosa; y lo que sintió, la sangre que á chorros le estaba corriendo por tras la oreja.

Pueblo en donde la libertad es efecto de las leyes, y las leyes son sagradas, por fuerza es pueblo libre. « El pueblo más celoso de su libertad que nunca ha visto el universo, fué al mismo tiempo el más respetuoso del poder legítimo, y el más sumiso á los magistrados. » Cuando el obispo de Meaux hacia esta declaracion en el « Discurso acerca de la historia universal, » no pensaba que un católico semibárbaro le habia de dar un grosero mentis. Triste cosa seria el catolicismo, si para que prevaleciese fuese necesario dar en tierra con todo lo bueno y lo santo que ha tenido el mundo, declarando impío el uso de la inteligencia, y pecado la investigación de la

verdad en los dominios de la historia y la filosofía de las épocas más brillantes del género humano. La libertad de Roma era efecto de sus leyes: libertad es gran justicia, justicia natural; y las leyes romanas fueron obra de inspiracion divina. Así como Dios ha hablado sobrenaturalmente por medio de los profetas, así ha hablado naturalmente por medio de los legisladores romanos, dice un gran Doctor de la Iglesia. Adrede echo mano por esta clase de autoridades, á fin de confundiros con ellas, y haceros ver que si hay algun impío y desviado, no soy yo, sino vosotros que vais contra la corriente de verdades inconcusas para teólogos y santos. Con vosotros sucede lo que con esa señora cuyo epitafio cita el obispo de Salisbury en sus viajes: « Propasándose en lo piadoso, dió en impia. » Así vosotros, por darlas de sabios excesivamente, dejais ver vuestra ignorancia; por cobrar fama de « católicos puros, » manifestais amor nefando á la servidumbre: por daros de piadosos, caeis en impiedad, como la otra, y sois impíos. Hutchinson se enfurecia contra Newton, y le llamaba impostor mal intencionado, por haber querido dar al traves con el sistema del universo del Pentateuco, y proclamaba el Pentateuco el único necesario para la felicidad del género humano. La ley de la gravitacion universal; el ordenamiento de los astros y sus cadenciosas rotaciones por sus órbitas; el giro perpetuo de la tierra al rededor del sol, eran imposturas é iniquidades para ese visionario judaico: no de otro modo nuestros rabinos católicos viven empeñados en circunscribir la humana sabiduría al círculo del Indice y los encíclicos, teniendo por inútil, y aun dañoso, el cono-

cimiento de las cosas que, bien averiguadas, son la ciencia verdadera.

Quereis « la libertad de pensar, hablar, trabajar, aprender y enseñar, » vosotros los enemigos de la libertad del pensamiento, la palabra, el trabajo, el aprendizaje y la enseñanza. Cómo sucede que venis á querer lo que no quereis de ninguna manera? Si estamos en perpetua contradiccion, y en nuestro estilo agonístico dejamos ver que seguimos rumbos encontrados, es cabalmente á causa de la guerra impía que llevais adelante contra todas las libertades que son el fuero del género humano. Libertad de pensar es libertad de formar conceptos, opiniones; y este santo derecho es mortal para la fe: vuestro gran principio es la fe, el anonadamiento de la razon; luego no trabajais por el imperio de esa libertad, sino por su ruina y olvido. La libertad de raciocinio va derechamente á la libertad de conciencia: ésta es prohibida por vuestro soberano, y así no podeis quererla sin caer en rebelion y apostasia, ó sois juguetes miserables de la ignorancia que no da con el toque de las dificultades. Nada os conviene ménos para vuestros fines que la libertad de pensar: si esa libertad fuera de vuestras máximas, no habriais echado al fuego infame de la inquisicion á los que han cometido el crimen de pensar libremente; no mandariais á empellones al infierno á los que se toman la libertad de pensar; no fulminariais excomuniones ni echariais maldiciones sobre los que piensan como filósofos y obran como sensatos. Secta mezquina y tiránica para la cual están prohibidas

la historia, la filosofía, y aun las artes explayadas en los mejores libros de nuestros tiempos, ¿se atreve á decir que lo que ella quiere es la libertad de pensar? Libertad de pensar es libertad de leer; el que no lee no piensa: ahora pues, hemos de dar por concedido que piensa como sabio y discurre como libre ese para quien la lectura es delincuencia que trae consigo las penas infernales? La esclavitud del cuerpo no es nada: grillos, cadenas, bastan para imposibilitarlo: la esclavitud del espíritu, esa donde la razon se halla presa, el discurso natural con grillete y el alma con carlanca, esa es la triste, la infame. Servidumbre física, hanla padecido los más ínclitos varones: Platon fué esclavo del tirano Dionisio: Diógenes fué esclavo; pero, cuán locos son los que me compadecen! decia este filósofo; no ven que los esclavos son los que me tienen cautivo? Los católicos de luces y conciencia miran con horror el cadáver que simboliza el alma muerta: alma muerta llamo aquí esa donde todas las libertades han dejado, extinguiéndose, una huella de ceniza. Montalembert, autoridad suprema de esos sectarios cuando no usa de la libertad del pensamiento, acaba de darles un revolcon: en visperas de su muerte, se dirige al célebre anti-infalibilista Doellinger hirviendo en santa ira contra los proyectos que iban á convertirse en dogmas en el concilio ecuménico. La Iglesia galicana se ha vuelto gallinero de Roma, dice en su noble exaltacion, y grita porque se alcen los grandes ingenios de Francia contra los aniquiladores del pensamiento y la conciencia. Ay! Dupanloup, en quien esperaba el sincero y sabio cristiano, el gran Montalembert; Dupanloup sostuvo sus principios con valor: una

vez declarados erróneos por la mayoría de enemigos de la razón, se sometió á esa terrible autoridad en cuyas entrañas está brillando por las tinieblas la sala del Vehema... Dupanloup, nuevo Agustín, dijo para sí: No creería en esto, si la autoridad de la Iglesia no me obligara á creer. Belarmino y Baronio, siniestros oficiales de la Corte Vémica, acaban por persuadir á los escépticos: desde la retractación de Galileo en la puerta del tormento, no hay cosa que no alcance la autoridad de la Iglesia.

Libertad de hablar sin libertad de pensar, no existe; á ménos que tengamos la de publicar necedades, entorpecer los derechos del hombre y proferir vituperios contra los que toman por suya su defensa. Esta es la única libertad que gozan los católicos diferentes de Montalembert y Dupanloup, junto con la de tener encadenado el trabajo con el diezmo, el cuerpo humano con los derechos mortuorios, el espíritu con las llaves del infierno. Libertad de hablar... la tiene el sacerdote indigno, cuando profana la cátedra augusta de la elocuencia sagrada poniéndonos ahitos de injurias y torpezas: la tiene el escritor de mala fe, cuando apellida religión y levanta unos pueblos contra otros: la tiene el devoto sanguinario cuando, como Nestorio, pide al tirano el exterminio de los hombres de saber y entender á quienes llama « herejes, » porque no saludan á su avaricia, ni mandan parabienes á su lujuria. Esta es la libertad de hablar que propagan y disfrutan los dueños de las llaves del infierno, á cuya señal se abren sus puertas, para que entre la Legión que piensa y habla con liber-

tad refrenada por el comedimiento, prendida en lumbre de inteligencia. En pueblos donde el papista fatídico anda con piedras en la mano para dar con ellas al que habla, hay papista harto necio y bribon que venga á sacarnos en cara nuestro amor por la Roma antigua, so pretexto que ellos quieren la libertad de hablar? Quieren también, dice, « la libertad de trabajar. » Falso: lo que quieren es la libertad de vivir del trabajo ajeno, de engordarse con el sudor de la frente del pueblo; de comer, beber y dormir en brazos de la ociosidad, á pierna suelta, soñando en las bodas de Camacho, y roncando de manera de echar abajo la casa. Esta es la libertad que defienden como la vida. Acaba un mal sacerdote y hombre perverso de negarle la sepultura á un hermano mio, el hijo más inocente y mejor que pudo dar de sí la especie humana: como no tuvo estudios, no les dió en qué merecer á estos fantasmas siniestros, monopolizadores de la gloria eterna y de los bienes del mundo. Heredero de la fe de sus padres, la *obediencia cadavérica* fué su ley: habitador de un monte, el cultivo de la madre tierra toda su sabiduría; y nada le acreditaba de hombre de buena familia, sino su color y sus modales. En cuanto á discusiones y controversias, nunca fueron suyas. Oír misa, ayunar, rezar: hasta prioste había sido, dándole cincuenta pesos al cura *para la Virgen de Aguasanta*. Si esta alma creyente, este cristiano fervoroso, persona sencilla y buena, ha sido víctima de la ferocidad del cura, ¿qué no sucedería, Dios eterno, con monstruo como yo, si no me oyese mi continua deprecación de llevarme á un pueblo cristiano y piadoso para decirme: Cumplido es el número

de tus dias : ven y descansa de la vida, que para tí ha sido tan pesada? Cárlos... pobrecito, viéndole estoy : esos ojos no vieron para la indiscrecion : esos oidos no oyeron para la delacion : esos labios no se abrieron para la difamacion : esos pasos no se dieron para el mal del prójimo. Su silencio, su apartamiento, su humildad, los de un santo : cae un dia con congestion cerebral y parálisis en la lengua al propio tiempo : ni habla, ni tiene conocimiento. Dios le mira, le ilumina por un instante : pide confesion ; este es su primero, su único cuidado. Viene el cura, y se niega á oírle, so pretexto que el testar es primero que el confesarse. Tiempo preciso, tiempo precioso : murió el desventurado. Y ha habido hombre inicuo, sacerdote nefando, que le niegue la sepultura, con decir que no se habia confesado? A los heresiarcas, los suicidas, los impíos se la niega la Iglesia ; á los que rechazan la confesion pudiendo hacerla : al que no puede confesarse, por falta de razon y habla, no la niega, pues no es ni sacrílego ni hereje. No lo habrá sido mi hermano en el concepto de ese Caifas de aldea, cuando siempre le dió sepultura? En hallándome yo allí, no le habria aumentado « los derechos, » pero sí le habria disminuido la impiedad y capado la soberbia. Conque todo el secreto del catolicismo está en el dinero? No, yo no digo eso : Bossuet, Fenelon fueron católicos ; el conde de Montalembert, Dupanloup, el gran obispo, católicos : estos lobos rapaces que con nombre de curas devoran las poblaciones indefensas, éstos no son católicos, mas ántes judíos que venden á Cristo, y le abofetean, y le amarran, y le crucifican en sus semejantes, sus hermanos.

Quereis asimismo « la libertad de aprender y enseñar, » judíos : viéndolo estamos : libertad de aprender las cosas de este cura, y enseñarlas á vuestros hijos : lo que es aprender las lecciones de la sana razon, las máximas de la filosofía cristiana, las prescripciones de la religion verdadera, no es para vosotros. El vulgo del catolicismo, ó mas bien su parte corrompida é ignorante, es atroz : ese ahinco con que se echan á cumplir de mala fe los preceptos de la Iglesia, y ese olvido de la ley de Dios, están acreditando en ellos más malicia que ignorancia. Amar á Dios, no jurar su santo nombre en vano, honrar padre y madre, no matar, no fornicar, no hurtar, no levantar falso testimonio ni mentir : esta es la ley de Dios. Un católico frenético, de esos que le siguen á uno los pasos, para ver si entra á misa, y le tiran de la capa apostrofándole con un insulto, si no se pone de rodillas ante un leño de figura humana que está pasando en brazos ajenos ; ese intolerante sectario, propagandista grosero, digo, no lleva á mal que uno infrinja los preceptos del Decálogo, que son los que constituyen la religion propiamente dicha : un buen católico jura y perjura, deshonra padre y madre con sus vicios ; mata, si se ofrece ; roba, si á mano viene : mentir, por costumbre ; levantar falso testimonio, cuando lo pide el caso. Nadie le dice nada, sino es algun hereje importuno que adora á Dios dentro de su pecho, y cultiva sigilosamente las virtudes. Pero demos que un hombre poco cuidadoso de sí mismo se aparte un punto de los mandamientos de la Iglesia ; su menor tajada será una oreja. Pagar diezmos y primicias, esta es la verdadera grandeza de la religion. Confesar por pascua florida, y

aun mejor todos los días ; ponerles á sus ministros al corriente de cuanto ocurre en el hogar, descubrirles los secretos de la familia, para que ellos los pongan á ganancia ; oír misa entera, y pagarla un peso entero ; hacer fiestas á los ídolos, fiestas de las cuales la menor vale cuarenta pesos ; esta es la esencia de la religion ; y esta la ciencia que mis catolicones quieren aprender y enseñar ; y para esto nos hartan de groserías é improprios, si ya no se vienen á las manos.

Un dia pasaba yo por debajo de un arco donde hay dos mechinales : frente por frente dos santitos de palo, antiguos, viejos, sucios se están saludando de dia y de noche con sendas velas á los piés. Cuando digo sendas, no quiero decir velas grandes ; pues son, por el contrario, cabos pizmientos ; lo que digo es que cada santo tiene su vela. Un viejo de capa, tan pringoso y churriente como esos diosecillos de la pared, puesto de hinojos en la calle, se está volviendo, ora al un lado, ora al otro, á fin de no perjudicar á ninguna de las imágenes en el repartimiento de oraciones. Iba yo á pasar, como queda dicho, cuando el ladron me ase por la levita, y dice con furia : Hínquese, ca...nalla ! Yo no sé si murió del puntapié que le di entre pecho y espalda ; pero sí sé que me habrian hecho pedazos los católicos, si por dicha no pierde el habla el viejo beduino, y no se ve en la imposibilidad de hacer gente. Los que pasen por debajo del Arco de Santo Domingo en la ciudad de Quito, pueden gloriarse de que están pasando por todas las calles de las ciudades de España que aun no han cobrado un resquemo de francesas. Así es como en Má-

laga vi una ocasion un hombre que venia por ahí echando venablos. Oh Dios ! y cuán graves eran los términos de ira y venganza con que asordaba los alrededores ! Llegó á un humilladero de esos de la pared, y quitándose la boina, y besando los piés del santo, dijo : Este sí que me puede : ayúdame, Paco, á coger al zurdo, y te pongo una vela mañana de mañaíta. Quería que san Francisco le ayudase á beberse la sangre de su rival, y á vueltas de tan cristiana cooperacion le ofrecia un pedazo de sebo. Esto es más que los sacrificios de puercos en pintura que ciertos antiguos hacian á sus dioses.

EPISODIO

EL CURA DE SANTA ENGRACIA

Un dia se entró por las puertas del cura una pobre mujer bañada en lágrimas : Señor cura, mi marido se muere : ni sé qué hacerle, ni tengo para un medicamento : favorézcame. El cura tomó su capa, su baston nudoso, y salió con la mujer. Don Pedro, dijo, inclinándose sobre el moribundo, qué tiene ? Me muero, señor cura, me muero : confesion, misericordia. Confesóle el párroco, y una vez absuelto el agonizante, dijo : El alma está segura : ahora tratemos de salvar el cuerpo. Salió volando, tomó de su botiquin las drogas que le parecieron venir al caso, propinólas en persona, y se estuvo á esperar el efecto de ellas. Como no hubiese mejoría,

pasó la noche á la cabecera del paciente, el cual espiró por la madrugada. Señora Rosa, dijo á la mujer, yo sé que ustedes no tienen nada : el Señor es misericordioso : ocúpese usted en llorar á su marido ; lo demás corre de mi cuenta. Y fué así : mortaja, ataud, entierro, todo lo dió y lo hizo. Al otro día, misa fúnebre, con cuanta solemnidad pudieran ofrecer los paramentos y arbitrios de la aldea. Mientras dura lo intenso del dolor, señora, no tendrá usted ánimo para buscar el pan de sus hijos : gaste estos reales ; si le faltan, venga al convento. Iba á salir, y volviéndose de la puerta, preguntó : Los niños siguen frecuentando la escuela ? Dos meses ántes de la enfermedad de su padre, respondió la viuda, ya no iban : nos llegó á faltar la mesada. Que vuelvan, señora Rosa ; yo la pagaré. Y salió y se fué, llevando un santo dolor en el corazón.

Por la noche de ese mismo día una sombra se deslizaba pegada á la pared de la calle : iba de prisa, pero con pasos atentados, religiosos. Llegando á una puerta, adentro la persona. La familia de esa casa eran una anciana, dos muchachas y tres niños cubiertos de harapos. Tan luégo como vieron comparecer allí al reciénvenido, la anciana y las muchachas se tiraron de rodillas ante él : Señor cura, Dios le manda ! dos días há que no comemos : los chiquillos no han podido vender ni una trenza ni un peine : en vano se han matado mis hijas. Culpable soy, respondió el sacerdote : debí haber venido ántes. El último socorro, dijo la mujer, se ha concluido primero que el mes, á causa que pagamos una deuda de mi hermano Santiago para sacarle de la cárcel. Me lo

hubieran ustedes avisado, madre Rita : cuál era la deuda del pobre Santiago ? Doce reales, señor. Y por doce reales, repuso el cura, ha ido á la cárcel ese hombre de bien ? Y diga, señor, cómo ha sido eso : caída en pedazos la pollera de mi Angela, dos domingos no había ido á misa la chiquilla : Santiago, viendo ese extremo, fué y sacó fiadas tres varas de bayeta : cumplido el plazo, entró á la cárcel. Y la pobre mujer se echó á llorar. Así, tan desnudas están estas criaturas ? volvió á decir el sacerdote : vístalas, señora ; en casa tengo algunos géneros. No los tenía ; pero fué casa de un mercachifle, sacó liencillo, bayeta, pañuelos, y los tuvo á prevención en el convento. Vino la madre de esas muchachas, y besándole la mano á ese santo varón, y regándole con las lágrimas de sus ojos, se volvió que no cabía de contento.

Asomáronse una tarde unos forasteros por la plaza, y se quedaron en medio de ella como quienes no hubiesen hallado posada. Salió el cura, tiró hácia ellos, y dijo : Qué es esto, amigos ? porqué se plantan ustedes aquí ? En dos casas hemos pedido alojamiento, señor, y no lo hemos obtenido : nosotros somos tantos, y las casitas son tan estrechas. La mía es espaciosa, señores : sean ustedes servidos de honrarme con admitir en ella un plato y una mala cama. Siguiéron los forasteros al cura, y fueron tratados como los huéspedes de Abrahan, con buena voluntad. Donde reina el amor de Dios, no puede estar ausente el amor del prójimo ; y en habiendo amor de Dios y el prójimo, nunca falta para las obras de misericordia. Este hombre es un santo, decían los foras-